MI ULTIMO SUSPIRO

Lia Sunlight

Capítulo 1

Y allí estaba yo, con la bañera en su máxima capacidad, intentando sumergir mi cabeza en ella, mientras mi yo interior no para de repetirme:

- No salgas de aquí, quédate bajo el agua...

Nunca había tenido pensamientos tan inconscientes. Me iba faltando el aire, y mi mente se llenaba de recuerdos de mi vida. Treinta y ocho años sin la suerte de mi lado. Mi vida familiar desde hace años era nula. Mi madre ya no estaba y mi padre, nunca ha estado. El amor, por una cosa o por otra, nunca me había llegado. Mi economía tampoco iba bien y para colmo, mi trabajo tenía fecha de caducidad.

Y como si de una película se tratara viene a continuación los recuerdos de ese maldito lunes.

Era una lluviosa mañana de otoño, siempre he odiado madrugar pero ese día lo hacía ilusionada. Tenía una entrevista de trabajo, que pensaba, podría cambiar mi vida.

El trabajo era como administrativa con un horario de mañana de lunes a viernes. El salario superaba por doscientos euros al mes, mi sueldo actual. Pero lo que más me ilusionaba de este trabajo, es que pensaba que, por primera vez, podría intentar cumplir mi sueño, escribir. Sueño imposible de cuadrar con una vida de locos, jornadas partidas, trabajando en festivos, horarios rotativos, y siempre corriendo de un lado hacia otro, que era a lo que estaba acostumbrada. Quizás ésta, sería mi única oportunidad.

La entrevista se situaba fuera de la ciudad, en un polígono a cuarenta minutos en coche aproximadamente. Podía haber cogido el tren ese día, pero decidí coger el coche, quería llegar bien a la entrevista, mojándome lo menos posible.

Ese día rebusco entre mi armario hasta dar con una vestimenta formal pero juvenil a la vez. Recuerdo el look elegido como si estuviese ahora mismo eligiéndolo frente al espejo. Un pantalón de pinzas junto con una camiseta blanca, acompañado de unos botines negros. Delineo mis ojos, para que parezca más grandes, dicen que los ojos son el espejo del alma. Son las ocho de la mañana, la entrevista está citada a las nueve, pero cojo las llaves del coche, el bolso y salgo directa para allá.

Conduzco con mi gps en el móvil, cómo no, siempre he sido un desastre de la ubicación y algo despistada al volante. Al girar hacia la Calle General, voy con cuidado, son cuatro carriles y hay mucho tráfico, voy al 200% de atención, no quería ningún incidente que me pudiese retrasar ni un minuto, no podía permitírmelo.

Una vez pasada esa calle, me incorporo a una autovía que iba casi directo al destino, me faltaba apenas cuatro salidas y simplemente era un giro a la derecha y entraba al polígono que necesitaba, era la segunda nave, ósea que no tendría pérdida, esa parte del camino ya lo sabía y estaba tranquila.

De repente, algo transformó mi tranquilidad, observo por mi retrovisor a lo lejos un coche rojo acercándose a una velocidad muy apresurada haciendo pequeñas eses de carril en carril, pisando las líneas. Observo bien mi situación y veo que estoy en el carril derecho y bien pegada al arcén por lo que intento respirar para tranquilizarme, no pasa nada, yo estoy yendo bien, pasará y ya está.

Justo estaba llegando, mi salida sería la siguiente a ésta, el carril derecho me permitía seguir recta, sin tener que meterme en esa salida, por lo que continúo por el carril derecho, bien pegada al arcen. Pensando en que aquel coche rojo pasara ya por mi izquierda y olvidarme de él. Pero algo sucedió. Aquel coche rojo quería entrar en esa salida, pero apenas me vio. O quizás el sueño del conductor tras una noche entera de fiesta en la discoteca de la salida anterior llevó a que me embistiera como si fuese invisible o como si fuese lo que estaba deseando hacer en aquel momento. Ese coche que me arrebató mi libertad para siempre.

Mi coche dio tres giros en el aire sobre sí mismo y acabó precipitándose sobre un terreno pedregoso pasando justo el guardarraíl. Yo no recuerdo nada de ese momento, mi mente es como si no quisiera recordarlo. Pero desde el momento en el que ese coche rozó mi carrocería yo solo recuerdo a una persona hablándome en el ambulancia, intentando hacer que mis pupilas funcionaran.

Mientras él, solo tuvo rasguños y una pierna rota yo tendría una nueva vida totalmente diferente. Él, en dos meses ya podía hacer vida normal, a no ser por los problemas judiciales que esto le acarrearían. Yo después de un año, un total de horas de rehabilitación que ni recuerdo, poniendo todas mis fuerzas aún sin tenerlas, mis piernas nunca más funcionaron.

Había pasado un año, pero aunque a ese individuo acabó teniendo problemas judiciales por el estado de embriaguez que llevaba y económicamente había mejorado mi economía por la gran indemnización de la que el juez había acordado para mí, Mi felicidad no había mejorado en absoluto. Me sentía exactamente igual que hace un año, en el momento de la noticia que no podría caminar nunca más. Me sentía atada

a una silla de ruedas para siempre y era algo que no podía superar ni aceptar.

Lo único bueno en mi vida, mis salvadores, mi grupo de amigos. Aquellos pequeños seres que me animan todos los viernes noche, en la cervecería de siempre. Un par de cervezas, unas tapas y unas historias desternillantes de mi gran amigo Fer, no hace falta mucho más.

Y así, sumergida en la bañera, a punto de poner fin a este sufrimiento, pienso una y otra vez, qué hubiera pasado si hubiera cogido el tren, si hubiera salido media hora antes, si no hubiese ido a esa entrevista…Pero nada puede cambiar, solo quiero que esta pesadilla pase para siempre.

Cuando de repente siento como alguien sube mi cabeza de la bañera, sin yo quererlo, y allí estaba él, Fer, mi amigo el payaso, se había convertido en el salvador. Tenía una copia de mis llaves, porque a veces me ayudaba a regar las plantas, a pasear a mi perro y estaba con Linda, mi cuidadora, mi ángel. Yo medio inconsciente, sentía sus lloros, sus nervios. En aquel momento, di una gran inspiración, entra aire en mis pulmones y solo en aquel preciso instante me di cuenta. Podía cambiar mi vida, pero tenía que seguir adelante, ya no por mí, por ellos…

FIN